



Alvar Núñez Cabeza de Vaca: una mirada desde la Antropología

*Alvar Núñez Cabeza de Vaca:
a look from anthropology*

DRA. MARTHA MONZÓN FLORES
Investigadora del Instituto Nacional
de Antropología e Historia (INAH)
Mail: monzonshine@gmail.com

RESUMEN. Es muy probable que la destrucción de México Tenochtitlán en poco menos de dos años, haya inyectado confianza a los conquistadores, que casi de inmediato buscaron nuevos derroteros para cumplimentar su ambición desmedida por obtener riqueza. Cuál sería su sorpresa, al constatar que al norte, había otras naciones a las que nunca lograron dominar del todo, ya que ahí habitaban grupos étnicos que los resistieron ferozmente.

En fechas muy tempranas de la ocupación hispana, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca recorre parte de ese territorio norteño y narra tiempo después su experiencia de vida, al confrontarse con algunas etnias ahora ya extintas, y por esa razón, el rescate de los rasgos inherentes a sus culturas cobran interés, a fin de ir construyendo el conocimiento de esos grupos humanos. Es la pretensión de este documento.

PALABRAS CLAVE: antropología, cultura, migración, Conquista, etnia, indígenas, mesoamérica.

ABSTRACT. It is very likely that the destruction of Mexico Tenochtitlán in just under two years has injected confidence into the conquerors, who almost immediately sought new paths to fulfill their inordinate ambition to obtain wealth. What would be your surprise, when you found that to the north, there were other nations that they never managed to completely dominate, since there were ethnic groups that fiercely resisted them.

In the very early dates of the Hispanic occupation, Álvar Núñez Cabeza de Vaca travels part of that northern territory and later narrates his life experience, when confronting some ethnic groups now extinct, and for that reason, the rescue of the inherent traits of their cultures gain interest, in order to build the knowledge of these human groups. It is the claim of this document.

KEY WORDS: anthropology, culture, migration, Conquest, ethnicity, indigenous, Mesoamerica.

Después de los primeros encuentros, la conquista de tierras americanas por parte de los españoles prometía ser una empresa relativamente fácil y exitosa. En Mesoamérica hubo resistencias y complicidades que se explican por las políticas militares y económicas imperantes en el Postclásico, por un lado, y, por el otro, por la desmedida ambición de los conquistadores y su intención de imponer un nuevo régimen. En ese contexto, y en un tiempo relativamente breve, gobernantes y poblaciones enteras no sólo aceptaron ser parte del nuevo orden, sino fueron partícipes activos del avance español hacia regiones aún desconocidas.

Sabemos que no todo el territorio fue dominado fácilmente. Hubo regiones que se opusieron radicalmente a la ocupación española, sobre todo, en el norte del país, donde se ubicaban grupos étnicos que tenían otra historia, tan diversa como la gran cantidad de ecosistemas que ahí coexisten, –con sus variantes regionales y culturales. Podríamos decir que, en su gran mayoría, los pueblos del norte fueron quienes trataron de impedir a toda costa el embate español.

Conocer esta otra historia de nuestro país ayuda a ubicar, con una aproximación relativa, la región a la que se enfrentaron y las etnias con las que convivieron Alvar Núñez Cabeza de Vaca y demás expedicionarios. Por ello, el objetivo de este documento es analizar las narraciones que hace este autor con respecto a los grupos étnicos americanos –ahora casi todos extintos–, durante la larga travesía que él y sus compañeros llevaron a cabo por el sur de los Estados Unidos y el norte de México, así como resaltar el valor de corte etnográfico de sus narraciones.

El producto de tal aventura me sirve para examinarlo con base en los fundamentos que proporciona la etnografía y recuperar del texto los elementos propios de la disciplina: en específico, el dato duro, en este caso, apoyándome en el texto de *Naufragios*¹. Texto escrito, según se dice, por propia mano de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en el cual relata los avatares que pasaron, su comitiva y él, para sobrevivir en ambientes hostiles y desconocidos, después de arribar a la Bahía de Tampa.

Eludo deliberadamente los datos relativos al contacto español, ya que pretendo construir una imagen de lo que posiblemente eran estos grupos antes de la ocupación europea. Al resaltar la descripción etnográfica, sugiero que, por ser uno de los primeros textos que reflejan la forma de

¹ El texto que acompaña al de *Naufragios*, titulado *Comentarios*, narra la experiencia que tiene el mismo autor en Río de la Plata. Aunque su contenido es también muy importante, éste debe ser producto de otro estudio pormenorizado que no cabe en el presente documento.

vida de los indios norteros antes de la conquista, el texto de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca brinda elementos suficientes para aproximarnos a las etnias y a los elementos inherentes a su cultura.

LA ETNOGRAFÍA EN MÉXICO

Siendo que el oficio del etnógrafo se fundamenta en el trabajo de campo, a fin de obtener la información de manera directa, de donde se deriva la descripción de todos los aspectos de una cultura, el dato duro que se obtiene a través de ese engranaje se constituye como el archivo/instrumento y el medio para conocer a los grupos bajo estudio, según Ángel Palerm (1967), sin mediar valoraciones, hipótesis ni teorías preconcebidas.

En ese sentido, la antropología social y la teoría etnológica tienen como herramienta analítica a la etnografía, misma que se ocupa del estudio e interpretación de otras culturas, señala los cambios por los que éstas transitan a través del tiempo y los mecanismos para su reproducción. La etnografía tiene por objeto la comprensión del otro y de su mundo, visto desde el lugar en que se sitúa el etnógrafo. Lo hace intentando evitar el eurocentrismo, es decir, pretende desdibujar, en la medida de lo posible, prejuicios y estereotipos que se han forjado en las corrientes hegemónicas sobre otras culturas. Aunque siempre serán reconstrucciones artificiales del etnógrafo, es deseable proponer modelos teóricos que encuadren a la sociedad bajo estudio, incluyendo todos los elementos que la componen (Barabas, 2005, pp. 270-287).

En ese tenor, es fundamental recuperar el conocimiento que se adquiere con los estudios etnográficos para comprender y, de ser posible, modificar la imagen deformada que se ha tejido de las culturas indígenas y valorarlas en su justa dimensión. Sabemos que el etnógrafo se mueve entre las sociedades en zonas liminales, que pueden sugerir nuevos significados entreverados en diferentes sistemas culturales. Se trata de la expresión de un modo, el “*nuestro*”, de concebir el mundo del “*otro*”. La construcción de esta concepción, siempre aproximada, es legítima cuando se identifican sistemas y estructuras de significados, así como los tensores e imprecisiones que los sostienen y que les imprimen potencia y dinamismo propios (Bartolomé, 2005, pp. 30-55).

Es indudable que todos los ensayos que se han llevado a cabo sobre *Naufragios*, previos a este, han sido de gran valía. En específico, el de Roberto Ferrando (2000), que recupera los elementos etnográficos, nos ha sido de gran utilidad. Sin embargo, aquí me permito rescatar los elementos constitutivos de los grupos humanos únicamente a partir del texto mismo, para luego enlazarlos con la etnografía, a diferencia de Ferrando que hace un procedimiento a la inversa, es decir, leyendo desde la etnografía el dato inscrito en el documento en cuestión.

ANTECEDENTES²

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, como muchos de su época, fue un hombre ávido de fama, riqueza y reconocimiento social. No hay datos contundentes de sus primeros años de vida. Existen varias hipótesis sobre su fecha de nacimiento que incluyen las fechas tardías de 1500 y 1507. Personalmente, me inclino a considerar su nacimiento dentro de un periodo entre 1488 y 1490, ya que si hubiera nacido entre 1500 y 1507, habría sido demasiado joven para ocupar el alto puesto que se le asignó en la expedición de Pánfilo de Narváez en 1527. Se sabe que sus padres fueron Teresa Cabeza de Vaca y Francisco de Vera, y que su abuelo participó en la conquista de las Canarias y fue parte de la expedición en la conquista de Granada (Ferrando, 2000, pág.10). El lugar de su nacimiento pudo ser Jerez de la Frontera, Sevilla o Extremadura. Su vida estuvo marcada por las aventuras.

En 1512, se unió a la Liga Santa que luchó contra Francia. Fue partícipe de la Batalla de Ravena y alférez en Gaeta. En 1520, combatió en la Guerra de las Comunidades y en la Batalla de Villalar; en 1522, participó en la del Puente de la Reina en Navarra. En 1527, se embarcó en Sanlúcar de Barrameda rumbo a la Florida, con el cargo de tesorero y alguacil mayor, en la empresa encomendada a Pánfilo de Narváez, que tuvo como fin conquistar aquel territorio. La expedición partió con 5 barcos en los que iban 600 españoles, de los que únicamente sobrevivieron cuatro³.

En 1528, iniciaron su largo recorrido desde la Bahía de Tampa, mismo que culminó en 1536 en una travesía que puede calificarse de lamentable, con más pérdidas que ganancias, si no es por la sobrevivencia de unos cuantos y el relato que dejaron a la posteridad. El fin de la aventura ocurrió en el poblado de Petetlán, donde se toparon con españoles comandados por el capitán Diego de Alcaraz, quién los remitió en calidad de presos a San Miguel de Culiacán, Sinaloa, y, de ahí, a Compostela donde gobernaba Nuño de Guzmán. Es así como, tras ocho largos años de andanzas, finalmente arribaron a la capital de la Nueva España donde fueron recibidos por el virrey Antonio de Mendoza y el capitán Hernán Cortés.

Nuestro autor regresó a España en 1537, para relatar sus memorias al rey Carlos V. Para lo cual, redactó un primer documento donde enfatizaba sus servicios a la Corona, a fin de justificar su petición como Adelantado de la Florida, que le fue denegada, por cierto, y otorgada a Hernando de Soto. A cambio, en 1540, la Corona lo nombró gobernador en Río de la Plata, donde, según se narra en el texto denominado *Comentarios*, trató de imponer las Leyes Nuevas de Indias, de 1542 que prohibían la encomienda y protegían a los indios de los excesos y maltrato por parte de los conquistadores. Lo anterior no convino a los intereses de los encomenderos-españoles, que en 1544 se levantaron en armas.

Ese mismo año, regresó a España en calidad de preso, donde fue juzgado por el Consejo de Indias, resultando privado de sus cargos y condenado a prisión en la corte de Madrid. Hay quienes aseguran que al año siguiente fue desterrado a Orán o a Argel a realizar trabajos forzados. Al parecer, apeló dicha sentencia y no es muy claro si después de 8 años fue absuelto o si el resto de su vida siguió reclamando a la justicia restablecer su honor y bienes.

² El apartado se basa en: Estruch, 1982; Ferrando, 2000; Maura, 1991; Obregón, 1986; Tello, 1973.

³ Los 4 sobrevivientes son: Álvar Núñez Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera, Andrés Dorantes de Carrión (Carranza), natural de Béjar del Castañar, Castilla La Vieja, Alonso de Castillo Maldonado, natural de Salamanca y Estebanico, natural de Azama (Obregón, 1986, pág. 13).

Hay varias versiones con respecto al final de su vida. Se dice que después del juicio fue nombrado Presidente y/o Juez del Tribunal Supremo en Sevilla (lo cual parece improbable); que se hizo prior en un convento en esa ciudad, o que el rey Felipe II le otorgó una pequeña pensión para su manutención (alguna de estas dos versiones son más probables). Su muerte pudo acaecer en 1559 o en 1564, en Sevilla o en Valladolid. En esta última ciudad, por cierto, se encuentran depositados sus restos.

LA RUTA

En realidad no ha sido posible trazar con exactitud la ruta por la que Alvar Núñez Cabeza de Vaca y demás expedicionarios transitaron. Por un lado, porque se enfrentaron a nómadas estacionarios que no tenían asiento permanente o a grupos de agricultores incipientes de los que desconocemos los nombres de sus pueblos. Además, hay que recordar que a su paso por los territorios explorados, los españoles acostumbraban adjudicarles nombres de acuerdo con las poblaciones, y si la población en cuestión no perduraba, se perdía todo rastro de su ubicación y denominación, por lo que la ruta propuesta en los diversos textos es aproximada.

Aquí la referimos con sus nombres actuales.

MAPA 1. Ruta de Narváez y Cabeza de Baca



Fuente: <http://www.historia.com/index.php/2018/10/naufraios-comentarios-cabeza-de-vaca/>

Sabemos que los expedicionarios salieron de Sanlúcar de Barrameda, España. Pasaron por Santo Domingo, Cuba, Santiago, Trinidad, Cabo Corrientes y Cabo San Antonio. Llegaron a la Bahía de Tampa. De ahí, se fueron a la costa sur de Norteamérica, Florida, Alabama, Mississippi, Louisiana,

Texas, Nuevo México, Arizona, Norte de México, Golfo de California, Bamao en Guasave, Culiacán y Compostela. Cruzaron los ríos San Marcos, Mississippi, Petatlán (hoy río Sinaloa), Magdalena y el río Bravo. En algún momento, tocaron la Isla de Galveston. Finalmente, arribaron a la Nueva España.

NAUFRAGIOS. EL TEXTO

La conquista de la Nueva España y de América, en general, trajo muchos cambios en la estructura administrativa de España. Uno de ellos fueron los informes y/o relaciones que los conquistadores. Los adelantados tenían que entregarlos a la Corona al concluir sus hazañas militares. Los documentos de ahí emanados se han convertido en una fuente inagotable de información, ya que contienen toda clase de referencias al medio ambiente, a los grupos étnicos, a su cultura y a la relación que entablaron los expedicionarios con los nativos.

Por supuesto, han sido objeto de toda suerte de clasificaciones, de acuerdo a quién, cómo, cuándo y dónde se escribieron. Asimismo, se toma en cuenta la procedencia del autor y es muy importante la intención del documento. Aunque con diferentes recursos y argumentos, en términos generales, la tendencia era acreditar ante el Rey en turno los triunfos logrados a favor de la Corona y por la gracia de Dios.

El documento que aquí nos ocupa, *Naufragios*, fue redactado entre 1537 y 1540. Al igual que muchos de su época, ejemplifica la justificación de las andanzas del autor con miras a recibir la aprobación del monarca, asegurar su futuro político y social y una pensión para la vejez. Según mi punto de vista, el texto es muy descriptivo, con pocos juicios de valor. En contraste, nos da una vívida relatoría de los encuentros con nuevas formas de vida, a las que los expedicionarios acceden sin otra expectativa más que la de sobrevivencia, con la esperanza de reencontrarse con sus coterráneos y retomar su vida anterior. La imaginación y capacidad narrativa del autor nos permiten imaginar el impacto y asombro que le causan otras representaciones culturales a las que se enfrenta, cuando su pasado inmediato estaba recreado básicamente por reminiscencias medievales.

En cuanto a las ediciones del texto, existe un primer documento suscrito por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso de Castillo y Andrés Dorantes, tres de los sobrevivientes de la expedición, y redactada en la Nueva España. Se trata de la *Relación Conjunta* de 1536/1537, enviada a la Real Audiencia de Santo Domingo en 1539. En ella, los tres personajes ponen de manifiesto las actividades llevadas a cabo en tal fallida expedición.

En la segunda versión conocida, Álvar Núñez Cabeza de Vaca se vale de la primera para redactar los *Naufragios*; ahí, sus compañeros pasan a un segundo término y él toma el protagonismo, en el sentido narrativo y como autor. Fue titulada: *Relación que dio Álvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaescido en las Indias en el Armada donde yba por gobernador Pamphilo de Narbaéz*. Es posible que haya sido remitida al Consejo de Indias. Se trata de la primera publicación oficial hecha en Zamora en 1542. La segunda impresión de ésta⁴ incluye la experiencia ocurrida en Río de la Plata, y ya desde entonces se titula *Naufragios y Comentarios*. Se imprime en Valladolid en 1555.

⁴ De esta versión se vienen en cascada impresiones casi textuales, unas solo con la actualización del español y, otras, con estudios

Ferrando (2000, pág. 23) asegura que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca escribe una Relación⁵ dirigida a la Real Audiencia del Consejo de Indias, la cual transcribe Gonzalo Fernández de Oviedo⁶. Se dice que en 1547 se conocieron ambos personajes y que éste último contrastó su texto con el de Núñez Cabeza de Vaca, Relación que “había hecho imprimir esta caballero e anda de molde”. Según Fernández de Oviedo, entre las dos relaciones había severas diferencias. Ferrando asegura que es anterior a la primera edición oficial de Valladolid en 1555.⁷

El texto tiene una parte histórica, una antropológica y otra literaria. Ninguna tiene un peso más grande por sobre las otras. Cada cual ocupa su lugar dentro de una narrativa descriptiva, sin sobresaltos, prejuicios ni juicios de valor. Aunque se le ha calificado como un pionero en la defensa de los indios, no encuentro en el texto ninguna intención de hacerlo, aunque tampoco los estigmatiza. Hay que decir que detecto exageraciones y algunas quimeras. Es el autor mismo que se permite conjugar todos estos elementos para trascender hasta nuestros días.

El texto *Naufragios* ha sido estudiado y analizado desde varias perspectivas. Siendo la más sobresaliente la literaria. También se le reconoce su invaluable trascendencia histórica. Pero, sin duda, su contribución a la antropología y a la etnografía son fundamentales, especialmente si recordamos que fueron de los primeros españoles que pisaron la región, recorrieron su geografía por un largo tiempo y convivieron con grupos étnicos ahora ya extintos, por lo que la descripción éstos hacen, no solo es la primera sino, en muchos casos, la única y, sin su aporte, poco o nada sabríamos de ellos.

Para los fines de este documento he tomado los datos de corte antropológico y trataré de mostrar la importancia que tienen para esta disciplina. En primer lugar, el texto se inscribe dentro de la primera etapa de la antropología mexicana al formar parte del trabajo de los primeros cronistas⁸ que narraron experiencias de un mundo inimaginable en sus tierras natales. En ese sentido, José María Muriá (1973, pág. 10) hace hincapié en la necesidad que tienen estos primeros escritores de narrar lo desconocido y transmitirlo a quienes nunca habían pisado tierras americanas.

En segundo lugar, el autor elaboró una narrativa de lo que vivió y, aunque no llegó al lugar con el propósito de verlos como materia de estudio ni aplicó herramientas propias de la disciplina, al convivir directamente con los indígenas en el día a día y repensarlos después en el relato, sin proponérselo, puso estas herramientas en práctica, dando lugar a una descripción con un sesgo de corte antropológico.

En tercer lugar, en el texto percibo su habilidad de relatar su experiencia a través de diálogos dignos de un antropólogo, dando cuenta de los puentes establecidos entre dos culturas diferentes, mediante la capacidad adaptativa a las regiones y a las etnias a las que se enfrentaron, a pesar de que entre la narrativa, el tiempo y las vivencias, solo medie la memoria y la imaginación del autor.

introdutorios notables. Las primeras, en su mayoría, son editadas en Madrid y, después, traducidas a varios idiomas. Hay ediciones en: 1749,1877, 1906, 1922, 1942, 1946, 1947, 1957, 1969, 1971, 1982,1984. Por citar las más sobresalientes.

⁵ Esta Relación fue transcrita por Gonzalo Fernández de Oviedo en su Historia General y Natural de las Indias, en el libro xxxv. Su 1ª edición es en 1851.

⁶ De ascendencia asturiana. Nombrado por Carlos V Primer Cronista de las Indias en 1532. Su primer viaje a América es en 1513. Fue militar y Gobernador de Santo Domingo y La Española.

⁷ Sin tener los documentos oficiales es difícil discernir al respecto, por el momento es lo que tenemos, habría que consultar el AGI para aclarar esta situación, que en sentido estricto no es el tema central de este texto.

⁸ Podemos citar a Hernán Cortés y a Bernal Díaz del Castillo.

El documento en cuestión no ha perdido vigencia ni relevancia a través del tiempo, de tal suerte que la Real Academia Española reconoce al autor entre sus autoridades y al texto como uno de los *Clásicos de la Lengua Española*, por su contribución a los americanismos y porque en *Naufragios* la lengua española alcanza su máxima fuerza expresiva.

LOS DATOS ETNOGRÁFICOS

En este apartado recupero del texto los datos que considero podrían caer dentro de un análisis etnográfico. Como estrategia analítica, pensé al principio dividir la información sobre los grupos en grupos nómadas y sedentarios, sin embargo, noté que en la redacción se muestran más similitudes que diferencias entre estas categorías. Cabe la posibilidad de que el clima y las necesidades inherentes que compartían estos diferentes grupos los hacían tener espacios y formas de sobrevivencia comunes, por lo que iré describiéndolos de acuerdo al dato etnográfico, sin distinción de etnias o formas de vida.

En términos de la información que nos ofrece el texto, se narran circunstancias que posiblemente ni él mismo autor ni sus acompañantes lograban entender a cabalidad. Aunque Núñez Cabeza de Vaca asegura que habló muchos idiomas⁹ –lo cual es difícil de aceptar si tomamos en cuenta todas las vicisitudes por las que atravesaron–, el lenguaje debió ser un factor que impidió un entendimiento medianamente adecuado en muchas circunstancias. Es probable que en la mayoría de los casos solo expresaran sus necesidades con señas, gestos y manipuleos. Por lo anterior, la descripción es asimétrica y, en ocasiones, confusa.

Se mencionan los siguientes grupos étnicos: Acubadaos, Anagados, Apalaches, Arbadaos, Atayos, Avavares, Camones (Camoles), Capoques (Caoques), Carancaguas, Coayos, Comos, Cutalches, Cutalchiches, Charruco (Chorruco), Doguenes, Guaycones, Han, Malicones (Maliacones), Mariames (Mareames), Mendicas, Susolas, Quevenes, Quitoles, y Yguases (Yeguaces). Se dice que cada uno tenía poblado de origen y lenguaje particular.

He distinguido en la narración los elementos que constituyen su cotidianidad, como la forma de vida, el conocimiento y uso de los recursos naturales, las casas habitación, el menaje, las herramientas de trabajo, los conflictos y las armas, las fiestas, los instrumentos musicales, las costumbres, el vestido, la imagen corporal, la comida y su preparación, las relaciones familiares e interétnicas, la economía y los intercambios, las creencias, la división del trabajo, la movilidad, las prácticas funerarias, y la medicina o uso de remedios.

En seguida, invito al lector a hacer un recorrido imaginario con nuestro autor y sus compañeros de andanzas de lo que, suponemos, vivieron, vieron, y, años después, fue relatado en *Naufragios*. De inicio¹⁰, dice que cruzaron diversos ecosistemas en los que había ríos caudalosos y grandes lagunas, amplios desiertos, montes muy espesos con grandes arboledas, en las que reconocieron

⁹ Juan Francisco Maura (1991, pág. 54) asegura que Fr. Toribio de Benavente Motolinia tardó 40 años en comprender y hablar algunas lenguas indígenas.

¹⁰ En muchos casos, para hacer más amena la redacción, uso expresiones del mismo texto. Algunos datos no son tan comprensibles, pero así están expuestos en el texto.

cedros, encinos, liquidámbar, nogales, palmitos, pinos, robles y sabinas. En cuanto a la fauna menciona conejos, leones, liebres, osos, venados, zarigüeyas y muchos moscos. El clima era muy extremo, con mucho frío o mucho calor.

Quienes ahí habitaban conocían muy bien su entorno. Se trataba de grupos nómadas estacionarios y/o agricultores incipientes, que compartían una economía mixta para sobrevivir, así que cazaban, pescaban y recolectaban lo que encontraban a su paso y todo lo iban aderezando de tal manera que pudiera ser comestible. Para pescar tenían redes; para cortar cuchillos de pedernal, conchas y huesos de venado; dientes de ratón para horadar; y arcos, flechas y garrotes, para cazar y defender al grupo. El autor asegura haber visto oro, alcohol, hierro, cobre, plata y otros metales que los indios no apreciaban, ni les hallaban un uso práctico.

Había grupos que no sembraban por no perder la cosecha, a diferencia de otros que lo hacían tres veces al año; el producto que recogían se circunscribía a calabaza, frijol y maíz. Asimismo, conocían los periodos de maduración de los frutos y la época en que había pescado; para todo lo anterior eran muy diestros y ejercitados, ya que de ello dependía su sobrevivencia.

Su dieta incluía todo recurso que, ya fuera natural o procesado, pudiera servir de alimento: arañas, bledo, calabaza, cangrejo, codorniz, corteza de árbol, culebras, estiércol de venado, frijol, gusano, hieros, huevo de liza o de hormiga, fruta chácán, fruta con más leche que agua, gusanos, lagartijas, madera, maíz, mariscos, mezquite, mora de zaizas, nopales, nuez, ostión, pájaros, pescado, polvo de paja, piñón, raíz salamanquesa, tierra, tunas, vaca (bisonte), venado, víboras y yerbas, entre otros. Bebían muy mala agua: o de lluvia o un espumoso de yerbas.

Sabían, por tanto, secar, guisar, moler, tostar, procesar, hacer polvo, pellas, espuma, masa o harina de mezquite y/o de maíz. Asimismo, comían los alimentos crudos, cocidos o asados. Utilizaban varias formas de cocción, una de ellas en hornos bajo la tierra y, otra, mediante el uso de calabazas partidas en dos, en cuyo interior ponían agua que llevaban a ebullición con piedras calientes mismas que iban cambiando con tenazas de palo conforme perdían calor; ahí colocaban lo que iban a cocer. Como menaje usaban cántaros, ollas y vasos.

El trabajo se dividía por sexo y edad. Las mujeres eran muy trabajadoras. En la noche, atizaban el horno para secar las raíces y, al amanecer, traían leña y agua a sus casas. Además, ordenaban sus habitaciones, cargaban las esteras y servían la comida. Cuando estaban en su costumbre (menstruación), solo preparaban los alimentos propios ya que por superstición los demás no debían comerla. Los hombres eran holgazanes, borrachos y mentirosos. No cargaban ni llevaban cosa de peso, únicamente sus arcos y flechas. Corrían mucho y sin descanso, desde el alba hasta el anochecer, lo que les era muy útil cuando trataban de alcanzar venados.

Su movilidad era en canoas por los ríos y lagunas. Y, a pie, por veredas ya trazadas y señaladas por las estrellas (sabían cuándo y por donde salían). Asimismo, seguían el vuelo de las aves, los cauces de los ríos y los recursos alimenticios. Los asentamientos de los grupos amigos o enemigos podían acortar o alargar las vías. En el trayecto, las mujeres cargaban agua y harina de maíz y los hombres sus arcos y flechas.

En general, se mudaban cada 2 o 3 días en busca de comida, agua y leña. Donde encontraban el recurso se asentaban hasta que se agotaba el alimento. Entonces, volvían a migrar llevando consigo su escaso menaje. Los elementos naturales que, sin duda, definían el lugar del asentamiento temporal eran el agua y la leña. A pesar del conocimiento del entorno, de los recursos y los tiempos

de recolecta, algunos grupos eran muy pobres, tenían épocas de hambrunas y sufrían de frío al carecer de provisiones y cueros con que cobijarse.

Había amistades y enemistades entre las etnias. Al conocerse, como preámbulo poco a poco se acercaban, se observaban y lloraban. Quienes llegaban recibían del local todo cuanto tenían y, muchas veces, se retiraban sin decir palabra. Ciertos grupos acostumbraban llegar, saquear y llevarse lo que encontraban a su paso, por lo que, en prevención, quienes ya los conocían escondían sus pertinencias, los recibían con fiestas y, cuando se retiraban, volvían a sacarlas. Intercambiaban almagra, arcos, cañas, caracoles, conchas, corales, cuentas, engrudo, esmeraldas, flechas, pedernales, penachos, pieles y pelo de bisonte y venado, plumas de papagayo y turquesas. Estos trueques podían verse entorpecidos por las guerras.

Los de un mismo linaje siempre andaban juntos. Aunque no tenían un señor principal, compartían todos sus bienes y alimentos. Algunos grupos no unían a sus hijas con parientes ni enemigos, ya que consideraban que de esa manera se multiplicaban las enemistades y las guerras, y corrían el riesgo de ser sujetos y ser tomados por esclavos; para evitarlo, cuando esto ocurría optaban por matarlas. En otros casos, intercambiaban a las mujeres, ya fuera por un arco y dos flechas o por una red para pescar.

Cada hombre tenía una mujer, solo los físicos (curanderos) rompían la regla y podían tener dos o tres mujeres, sin que entre ellas hubiera rivalidades. Quien tomaba una mujer, el día de la unión, debía entregar su caza o pesca a los suegros. Éstos, a su vez, no podían entrar a su casa. El yerno no veía a sus cuñados ni suegros, mucho menos entraba ni comía en sus casas, pues lo tenían por cosa mala. Si se encontraban en el camino, ya fuera que se desviaban o bajaban la cabeza pues era mala suerte mirarse o hablarse. Las mujeres tenían permitido hablar con los suegros y parientes. Si no había acuerdos entre la pareja, se separaban, sobre todo si aún no tenían hijos. En caso contrario, era más difícil dejarse.

Unos grupos tenían alta estima por los hijos y, otros, todo lo contrario. Cuando la mujer se sentía preñada, dejaba de dormir con su pareja hasta pasados dos años, para criar a los hijos, a los que daba de mamar hasta que podían valerse por sí mismos y buscar su comida –aproximadamente a los 12 años–, previniendo las hambrunas que solían sufrir y la fragilidad de la salud, ya que algunos nacían delicados y con pocas fuerzas. Si enfermaban, los llevaban a cuestras o los dejaban morir en el campo, dependiendo de la gravedad. Si lo soñaban, mataban a sus hijos y, a las niñas, las dejaban a merced de los depredadores. Intercambiaban a sus hijos con grupos ajenos.

Estas sociedades practicaban el denominado pecado *contra natura*, además de la unión entre iguales, el homosexualismo, sin cuestionamiento alguno. Incluso se dice que algunos se vestían como mujeres, pero que tiraban el arco y la flecha. A los viejos les tenían poca estima y, al migrar, los cargaban con pertenencias ligeras. Consideraban que ya no servían para la guerra, ya no ofrecían beneficio alguno a la comunidad, quitaban el alimento a los niños y habían cumplido su ciclo, por lo que, al enfermar, los dejaban en el camino y, al morir, no les lloraban.

Buscaban sitios para abrigarse en el invierno, con agua y leña cercana. En el verano, se asentaban casi siempre de manera dispersa. Y, cuando hacían sus casas o buhíos, eran muy grandes o muy pequeñas, pero siempre de baja altura. Usaban los materiales a su alcance, casi siempre perecederos como la paja, tierra, esteras o cañas, soportadas por cuatro arcos. Si estaban cerca del mar, las sostenían sobre cáscaras de ostiones. Si eran muy ligeras, las llevaban a cuestras o las transportaban en sus canoas.

Según aprecia el autor, algunas etnias eran muy altas y, otras, bajas de estatura, aunque todas compartían el rasgo de gran fuerza y ligereza al caminar. Tenían un agudo sentido de la vista y del oído. Cada grupo se cubría el cuerpo de diversas formas, ya fuera con paja y hierbas, con cueros de venado pintados, lana (de los árboles), o con mantas de hilo y pieles (de martas leonadas o de bisonte). De este último animal también hacían zapatos. Algunas mujeres usaban camisas de algodón hasta las rodillas y faldas de cuero que ataban con correas, e iban abiertas al frente y largas hasta el suelo. Para tratar la piel, la enjabonaban con una yerba. La desnudez era muy generalizada.

Los hombres traían el pelo suelto y muy largo. Se horadaban los pezones y por el orificio traspasaban una caña larga y gruesa; además, se perforaban el labio inferior donde colocaban una caña más delgada. Se untaban y teñían el rostro y el pelo con almagra¹¹. Esta práctica era muy común entre los flecheros ágiles y no tan altos. Algunos usaban plumas y penachos.

Los límites territoriales, el alimento y las mujeres podían ser causa de conflictos. Eran muy diestros en la guerra y grandes saeteros. En los enfrentamientos atacaban con sus arcos y flechas, varas y piedras lanzadas con hondas con gran crueldad y fuerza. Para desorientar a los enemigos, dejaban sus casas y, en las noches, prendían fogatas para hacerles creer que ahí estaban. Hacían trincheras que cubrían con leña y se escondían en los cerros, donde trazaban caminos de ascenso para esconder a los niños y mujeres. No dormían, se mantenían en vigía escondidos entre la yerba menuda y, si llegaban los contrarios, con mucha astucia se arrastraban por el suelo para evitar ser vistos y, cuando los tenían, asustaban a los enemigos con gritos y voces muy fuertes, los atacaban con flechas, al mismo tiempo que corrían y brincaban de un lado a otro velozmente. Cuando se retiraban los contrarios volvían a sus casas. Si el ataque estaba dirigido a un pueblo, primero prendían fuego a las casas, gritaban para azuzar y, después, atacaban a la población. Los que perdían o los que ganaban quedaban muy contentos.

Cuando se enfrentaban individuos del mismo grupo étnico no usaban arcos ni flechas, se podían apuñalar hasta que se cansaban y, luego, se separaban. Algunas veces intervenían las mujeres para evitarlo. Otro hombre nunca. El enojo provocaba que se retiraran temporalmente del pueblo con su familia hasta que pasaba el coraje. Entonces regresaban y volvían a ser amigos. Cuando los enemigos no eran de la familia, se mataban por la noche.

Por armas tenían el arco –las cuerdas eran del nervio del venado– y las flechas de pedernal –materia prima común en la región, a veces envenenadas con yerbas ponzoñosas– que guardaban en zurriones o carcaj. Usaban también hondas, piedras, varas, palos y rodelas.

En general, era gente muy alegre. Aunque tuvieran mucha hambre, hacían fiestas. Sus festejos o areitos eran constantes y de larga duración. Bailaban y cantaban toda la noche acompañados de calabazas y del sonido de flautas, tambores, cascabeles y sonajas de cobre. Fumaban tabaco mezclado con hierbas estupefacientes y tomaban bebidas embriagantes hechas de hojas. Cuando los hombres bebían, las mujeres no debían moverse porque si lo hacían las deshonraban, les daban de palos y tiraban la bebida, ante la creencia de que a través del líquido se les metían cosas malas al cuerpo provocándoles la muerte. Si todo iba bien, tomaban durante tres días sin descanso ni tregua.

¹¹ Usaban margajita (polvo de piritita) y alcohol molido (polvo fino de antimonio a galena) para el rostro. La almagra es un óxido de hierro que utilizan como pintura corporal.

Creían en un ser respecto al cual creían verle el cuerpo pequeño y la barba, pero difícilmente veían su rostro. Cuando se decía que éste llegaba a los pueblos provocaba situaciones extrañas a la cotidianeidad, por dar un ejemplo, escogía una casa y prendía un leño en la puerta, después entraba y se llevaba a uno de los miembros de la familia, al que daba cuchilladas en el cuerpo con un pedernal, le sacaba las tripas y las asaba en las brazas, finalmente, colocaba sus manos sobre las heridas y éstas sanaban mágicamente. En los bailes aparecía vestido de mujer o de hombre. No probaba alimento y aseguraba que su casa estaba dentro de la tierra, a la que regresaba por un orificio muy profundo.

Para aliviar el malestar de los enfermos, los hechiceros, curanderos o físicos usaban calabazas, mismas que ahuecaban y en su interior colocaban piedras. Trataban las enfermedades con las manos, soplaban al enfermo, le hacían cautiverios de fuego y unas zanjas sobre la piel para sorber en el lugar donde se agudizaba el dolor, con esto los aliviaban. Consideraban que las calabazas para curar venían del cielo, eran transportadas por los ríos y poseían cualidades mágicas. Los físicos las resguardaban. Al sanar, el enfermo le ofrecía todas sus pertenencias al físico o hechicero en recompensa.

Cuando moría una persona, los familiares y el pueblo completo le lloraban por un año, tres veces cada día. Cuando se cumplía el año, se retiraban el tizne que con el que se cubrían el cuerpo en conmemoración del muerto y le hacían una ceremonia luctuosa. En general, enterraban a los muertos. Sólo incineraban a los curanderos-físicos-hechiceros. Mientras ardía el cuerpo en la pira, bailaban a su alrededor. Algunos grupos étnicos hacían polvo con los huesos del fallecido y, al año, en las honras fúnebres, los parientes diluían el polvo en agua y lo bebían. Si la muerte ocurría en casa, durante tres meses no se preparaban ni se ingerían alimentos en ese espacio; los vecinos y parientes se solidarizaban y ofrecían alimentos a los deudos.

CONSIDERACIONES FINALES

De acuerdo con objetivo central de este documento, de manera arbitraria seleccioné del texto del siglo XVI los elementos que me sirvieron para ofrecer un panorama más completo de grupos étnicos ahora ya extintos, en su mayoría. Considero que ni la narrativa del cronista ni el andamiaje sobre el que soporto el relato del siglo XXI pueden calificarse de verdaderos ni de falsos. En la primera, se manifiesta la influencia medieval que aún permeaba el pensamiento de los españoles de ese tiempo. En el segundo, mi formación de antropóloga y los patrones de vida que supongo siguieron estos grupos humanos antes de la irrupción europea.

Al moldear el texto seguí, por supuesto, mi lógica de pensamiento occidental, ya que desconocemos el proceso creativo que dio origen a muchas de las alegorías de estos grupos, relacionadas con su aprehensión del mundo y plasmadas en sus manifestaciones culturales. He de comentar que hay datos que no puedo explicar. Sin embargo, no es objeto de este estudio cuestionarlos.

En términos generales, y con los testimonios que me proporciona el cronista del siglo XVI, he delineado en el siglo XXI las estrategias implementadas para resolver la adaptación al medio

ambiente, la apropiación de los recursos para la alimentación, la habitación, el vestido y el adorno corporal. A partir de estos textos se puede dar cuenta de aspectos como: la división del trabajo, el vínculo mujer-hombre, las relaciones interétnicas, el intercambio de productos, mujeres y niños, los festejos, los conflictos y las maneras de enfrentarlos, los procesos de sanación, el trato dado a los ancianos, así como la mirada hacia la muerte.

En ambos textos se trata de reconstrucciones hipotéticas. El primero me da las herramientas para sugerir la forma en que estos grupos humanos resolvieron la sobrevivencia en ambientes específicos, usos que dieron por resultado su adaptación en un tiempo y un espacio determinado. Valga lo anterior para entender medianamente la manera en que las etnias fueron construyendo, poco a poco, sus sociedades, mismas que fueron desbrozadas de tajo por la conquista. Considero que, a partir de los restos materiales que nos dejaron, es necesario ir completando el complejo rompecabezas cultural que habrían forjado, a través del método ensayo-error, los habitantes americanos.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- Barabas, A. (2005). "Movimientos indígenas y etnografía: un balance del siglo xx" en *Encuentro de voces. La etnografía de México en el siglo xx*. Coordinadora Gloria Artís. México: INAH. (Col. Etnografía de los pueblos indígenas de México, Serie Debates). (pp. 269-290).
- Bartolomé, M. (2005). "Introducción. Los rostros étnicos de México: Relaciones interétnicas, identidades y autonomías" en *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*. Coordinador Miguel Bartolomé. Tomo III. México: INAH. (Col. Etnografía de los pueblos indígenas de México, Serie Ensayos). (pp. 31-60)
- Estruch, J. (1982). Introducción de *Naufragios*. España: Editorial Fontamara.
- Ferrando, R. (2000). Introducción de *Naufragios y Comentarios*. Crónicas de América. Dastin Historia. España: Cofás, S.A.
- Maura, J. F. (1991). *Los naufragios de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca: o el arte de la automitificación*. Tesis Doctoral. Universidad de Nuevo México. México: Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
- Millán, S. (2005). "Historia de un desencuentro: etnografía y antropología en México" en *Encuentro de voces. La etnografía de México en el siglo xx*. Coordinadora Gloria Artís. México: INAH. (Col. Etnografía de los Pueblos Indígenas de México, Serie Debates). (pp. 75-92).
- Monzón, M. (2008). "Pacification of the Chichimeca Region" en *Archaeology Without Borders. Contacts, Commerce, and Change in the U.S. Southwest and Northwestern Mexico*. EEUU: University Press of Colorado, CONACULTA. INAH. (pp. 393-404)
- Muriá, J. M.. (1973). *Sociedad Prehispánica y Pensamiento Europeo*. Sepsetentas 76. México: SEP.
- Núñez Cabeza de Vaca, Á. (1971). *Naufragios*. Colección Austral. España: Espasa-Calpe, S.A.
- _____. (1982). *Naufragios*. Introducción Joan Estruch. España: Editorial Fontamara.
- _____. (2000). *Naufragios y Comentarios*. Edición e Introducción Roberto Ferrando. Crónicas de América. Dastin Historia. España: Cofás, S.A.
- Obregón, B. (1986). *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*. México: Gobierno del Chihuahua.
- Palerm, Á. (1967). *Teoría Antropológica*. México: ICS/UIA.
- Tello, Fr. A. (1973). *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*. Libro Segundo. Vol. II. México: Gobierno de Guadalajara y Universidad de Guadalajara. IJHA. INAH.

David Herrera, Fabián González, Federico Saracho, Irwing Rico (2020).

Espacios Negativos. Praxis y antipraxis.

Ciudad de México: Ediciones Akal-UNAM.

IRAIS FUENTES ARZATE, UAM-X



Reflexionar la geopolítica como praxis espacial es una labor relevante en términos teóricos y prácticos, más aún cuando el debate no se encuentra impedido por visiones de mundo que reproducen y consolidan el orden dominante; por ejemplo, el supuesto que establece la imposibilidad material de transformar la realidad. *Espacios negativos. Praxis y antipraxis* es una aportación comprometida con los estudios críticos por analizar el espacio como una dimensión central en la producción de sociedades alternativas, cuya base es aquello que la modernidad capitalista ha sido incapaz de ofrecer: libertad, igualdad, equilibrio.

La obra en cuestión es un debate complejo que abreva de diversas reflexiones de la teoría crítica, pero fundamentalmente parte del planteamiento de la producción social del espacio, propuesta por Henri Lefebvre (2013). La producción del espacio es abordada como praxis y antipraxis espacial, en gran medida influenciado por el pensamiento de Adolfo Sánchez Vázquez (2003). A partir de ello, los autores proponen la posibilidad espacial de la “negatividad”, desarrollada por Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional* (2014), en la que el espacio no es un simple escenario de relaciones sociales y de poder, sino un medio configurado por y a través de relaciones de poder y de resistencia a la dominación. El resultado es un desafío por reflexionar, visibilizar y reconocer la utopía como espacio material-concreto, denominado por los autores como “espacio negativo”, con lo cual se refieren al producto de un tipo de antipraxis espacial que trasciende “el orden de lo establecido, consolidando una resistencia constante y nunca acabada frente a los embates de un ordenamiento social dominante” (p.3).